# ¿ROMANTICISMO EN HISPANOAMÉRICA?

YA SÉ que es costumbre dirigir a nuestros congresos comunicaciones muy ceñidas a asuntos particulares, estudios precisos y eruditos, investigaciones acotadas con una ambiciosa, positiva carga de ciencia aplicada que debería ir —parcialmente— *caracterizando nuestra común* disciplina. Sin embargo, creo que es igualmente indispensable ir abordando generalizaciones —aun cuando muchas veces resulten arriesgadas— a partir de ese creciente e inundante cúmulo de comunicaciones analíticas imprescindibles. Sólo así podríamos, hegelianamente, volver a lo concreto, a lo real, desde la abstracción —partición— científica. Sólo así la literatura vuelve a la vida.

En este sentido, pretendo ahora aprovechar el sinnúmero de vacilaciones que todos ustedes habrán sin duda notado en cuantos pretenden fijar de modo particular el romanticismo de nuestros principales escritores del siglo XIX, vacilaciones que junto a considerable número de relecturas, me impulsan a poner en tela de juicio la existencia definida de un romanticismo hispanoamericano.

El *Romanticismo, tal como generalmente se le conoce* en nuestras escuelas y universidades, es hoy el producto de una desmesurada extrapolación no solamente en el tiempo (supuesto carácter romántico de Homero, Dante, Shakespeare, Lope, Calderón...), sino también en la difusión sincrónica que quiere dársele hasta empapar con él casi todas las manifestaciones estéticas y sociales del siglo XIX, en Europa y América.

Como escuela, el romanticismo es flor de un día, suelen decir los manuales de literatura europeos y americanos. Su anticonvencionalismo es muy pronto convencional, y sus premisas antineoclásicas no son originales las más de las veces y hacen un verano brevísimo. Pero como corriente literaria, como movimiento general de ideas, como tendencia espiritual y sensible en la literatura, en el arte, en la moda, en las formas sociales, tiene una vigencia larga y decisiva. Es así como las lágrimas, el suicidio, la tisis, junto al individualismo, la inspiración, la intuición o el mito, han pasado al acervo exclusivo del romanticismo.

El meollo de esta extrapolación horizontal y vertical, sincrónica y diacrónica, está, a pesar de las continuas referencias al *carácter tendencioso* del romanticismo, en la subestimación de su aspecto ideológico. Generalmente, se produce en nuestros estudiosos una valoración sim-

pática *a priori* fundada en el supuesto axiomático del carácter liberal —y aun revolucionario— del movimiento romántico. En otras palabras, incurrimos con mucha frecuencia en una concepción romántica del romanticismo. Los conocidos estudios —entre muchos— de Picard, García Mercadal, Serrano Plaja, Carilla, etc., parten, en realidad, de ese supuesto. En el polo opuesto, con una concepción definidamente derechista, Laserre partía desde igual apriorismo en su conocido estudio contra el romanticismo.

Hace treinta años, sin embargo, que el excelente libro de André Béguin, *El alma romántica y el sueño,* y algunas precisiones históricas de Lukacs, nos permiten replantear la cuestión en un terreno histórico más riguroso.

El romanticismo se origina en las primeras contradicciones esenciales que surgen en el seno mismo de la burguesía ascendente a finales del siglo XVIII. La famosísima polémica entre clásicos y románticos es, precisamente, expresión político-literaria de esas contradicciones. "La Revolución Francesa —dice Octavio Paz— puso entre la espada y la pared a los mejores espíritus alemanes, como lo hizo con los ingleses y españoles" (*El arco y la lira,* p. 237). En un principio (y los paralelos pueden fácilmente establecerse a propósito de la revolución rusa, o de la actual revolución cubana) toda la *intelligentsia* abrazó los principios de la Revolución francesa. Radicales fueron nada menos que Coleridge y Wordsworth, los hermanos Schlegel, Schelling y mil más. El Terror enfrió el entusiasmo de algunos (Goethe, Schiller, Hegel, Byron, Holderlin) pero no hasta el punto de abandonar las ideas ilustradas, el racionalismo renovado, la vigencia de la reflexión y de la política antitradicional. Kant tenía a orgullo no haber abandonado su fervor hacia la Revolución francesa ni siquiera después del Terror. Pero otros muchos (los "lakistas", el grupo de Jena, Chateaubriand) se enfrentaron radicalmente a la Revolución e inauguraron el romanticismo como enfrentamiento conservador y reaccionario ante el racionalismo y la ilustración.

Frente a una concepción inmanente de la realidad, el romanticismo hipostasió toda posibilidad de trascendencia en un regreso atropellado a la religión más ortodoxa e inmutable; frente a la idea del hombre como ciudadano y ser social y de la sociedad como medio de desarrollo del hombre, exacerbó hegemónicamente un individualismo asocial y proclamó que "la subjetividad es la verdad" (Schlegel, cit. por Brandes, *Corrientes...*); frente al democratismo rusoniano, social, real, concreto, político, proclamó un culto místico al folklore como originariedad misteriosa y pura, y en su concepción de la ironía (categoría

básica del romanticismo, como ha indicado Lukacs) fundamentó una nueva aristocracia del espíritu, puesto que con ella (la ironía), "la más libre de todas las licencias..., uno puede situarse por encima y más allá de sí mismo"... como "divina insolencia" (*ibid.*); frente a la fecunda contradicción rusoniana entre el hombre civil y el hombre natural, reivindicó unívocamente "la analogía de la naturaleza con el hombre y la del hombre con el cielo" (Novalis, *Fragmentos*); frente al optimismo en la capacidad de la ciencia y de la conciencia del hombre, puso de relieve las posibilidades del subconsciente en una mitificación obsesiva y mágica del sueño, de la noche, del alma, de la muerte, y frente a la perspectiva del desarrollo industrial, capitalista, antifeudal de Europa, se abanderó de una nostalgia caballeresca medieval y buscó y encontró un compromiso político con las fuerzas derrotadas por la Revolución.

Ese romanticismo, que para muchos no pasa de ser el primer romanticismo alemán, el romanticismo de Jena, es también el de los "lakistas" ingleses, el de Coleridge, Wordsworth, Southey; el de Chateaubriand, Mme. Stael, Senancour, Benjamin Constant, Sismondi, Barante y los jóvenes del Grupo de las Tullerías (primer Hugo, Charles Nodier, etc.); el de Bohl de Faber, y luego el de Zorrilla, en España. ¿No podríamos también relacionarlo con el de Zorrilla de San Martín y con el de Manuel de Jesús Galván, a fines ya del siglo XIX hispanoamericano?

Este primer romanticismo de tantos, se sienta en el Congreso de Viena y se considera expresado políticamente por la Santa Alianza y sus consecuencias más notorias: la restauración francesa, la conciliación entre la burguesía alemana y los junkers, la estabilidad inglesa. El radicalismo democrático burgués de la Revolución es derrotado por un nuevo orden social estable, también burgués. Y la literatura de toda esa época, la literatura romántica por excelencia, resuena hasta hoy mismo con una indudable coherencia, con una innegable autenticidad, con una indiscutible calidad: los versos de Novalis y Eichendorff, los deliciosos cuentos de Arnim, la prosa prodigiosa de Chateaubriand, las baladas de Coleridge y Wordsworth, las famosas novelas de Senancour y Constant. Y todo ello sin perjuicio de que, frente a ellos, en una posición estética y política opuesta, Goethe, Keats, Byron, y poco más tarde Stendhal, Heine, Larra, Leopardi y muchos más, expresaran la perspectiva radical, no romántica, con no menos coherencia y autenticidad.

Pero aquí hay ya, como salta a la vista, una mezcla de generaciones. De por medio hay una fecha crucial en la que hay que dete-

nerse, aunque con forzosa brevedad: 1830. ¿Qué ha cambiado en esos últimos años del primer tercio del XIX? Restauraciones, conciliaciones y estabilidades empiezan a vacilar. Pero no porque el Estado burgués se sienta amenazado por las fuerzas feudales derrotadas sino porque, en su impetuoso desarrollo, entra por un lado en contradicción con sus propias premisas ideológicas ("Libertad, Igualdad, Fraternidad") y por otro con sus compromisos conservadores con la aristocracia agraria. El patriarcalismo de los restos de la nobleza en el campo, sus maneras, su nueva frugalidad aristocrática, son un escollo a la marcha impiadosa de la sociedad capitalista. Y en Francia, porque este peculiar desarrollo social es un fenómeno francés, se escinde el romanticismo. La nobleza irritada (Chateaubriand) lo rechaza con indignación y se sitúa aún más a la derecha. Los burgueses que descubren la tendencia deshumanizadora del proceso capitalista se enfrentan a él desde posiciones liberales. Es la eclosión triunfante del romanticismo francés de los años 30, sólidamente asentado en una amplia base social vigente. Los románticos reaccionarios de ayer rechazarán la plebeyez burguesa y el progresismo industrial, y los nuevos liberales impugnarán el filisteísmo del nuevo poder y su ausencia de escrúpulos políticos e ideológicos. Surge lo que se ha llamado la "crítica romántica del capitalismo", la huída (radical en su origen) hacia "el arte por el arte", la decepción social diagnosticada como "mal del siglo" y la nueva bohemia "maldita". Heine se lanza con mordacidad y desprecio contra los restos del romanticismo alemán y Byron afirma, despectivo, que la polémica del romanticismo es "un asunto continental". El romanticismo liberal parece estar en su apogeo; en realidad, ha iniciado ya su conversión próxima a un nuevo realismo con una nueva conciencia social en cuya formación no han sido ajenas las proyecciones historicistas, organicistas, del romanticismo original. Se acepta el absurdo de "el hecho social" pero no se niega a la sociedad; se mantiene el papel excepcional del individuo (del sujeto) pero se le sabe ya unido para siempre al objeto social. La nueva literatura entra en contradicción con su propia sociedad desde una perspectiva enteramente distinta: ha girado ciento ochenta grados y ahora se sitúa a la izquierda del poder. El romanticismo ha muerto. Pero como en el caso del primer romanticismo alemán, también ha dejado, en función de su base social, de su coherencia histórica, una obra válida, universal: Hugo, Dumas, Musset, G. Sand, y otros cuyo romanticismo es más discutible: Gautier, Merimée, Balzac, Stendhal, Manzoni, etc.

¿Qué ha pasado entretanto en España?

Esa doble revolución de que ha hablado Hobsbawn (la revolución

industrial inglesa y la revolución política francesa) no ha tenido lugar en España. Allí también se ha sentido pavor hacia la Convención francesa. Schlegel (facilitado por su hispanismo *avant-la-lettre*) se manifiesta en España por boca de Juan Nicolás Böhl de Faber (1770-1836) fugazmente en 1805, y con todo vigor polémico en 1814, cuando nacía la Europa de la Santa Alianza. Con indudable falta de perspectiva literaria, pero sabiendo muy bien que se trataba de una cuestión política fundamental, los restos del liberalismo gaditano, que no tenía nada de romántico, respondieron con virulencia, por boca de José Joaquín de Mora, defendiendo lo indefendible: las reglas neoclásicas. La batalla estaba perdida para Mora y Alcalá Galiano, y el romanticismo más reaccionario entró firmemente en España, cuando los cien mil hijos de San Luis enviados por Chateaubriand, ministro de asuntos extranjeros de Luis XVIII, reinstauraron el terror fernandino y el absolutismo. El 8 de octubre de aquel año apareció en Barcelona la revista *El Español,* órgano, según decía, "de la escuela románticoespiritualista". Uno de sus fundadores, Ramón López Soler (1806-1836), expondría el programa del romanticismo tradicionalista español en el prólogo a su novela *Los bandos de Castilla, o el caballero del Cisne.*

A primera vista, parece que el inicial proceso ideológico del romanticismo en España es semejante al del resto de Europa. Pero en la península faltaban factores decisivos para fundamentar sólidamente el movimiento romántico. Todas las idílicas suposiciones de que el romanticismo volvía al lugar en que había nacido hacía dos siglos, que el romanticismo "volvía a casa", etc., partían de una ingenua omisión de su carácter ideológico y de su definición de clase. Las fuerzas burguesas españolas no habían podido imponerse y ni siquiera habían logrado afirmar el desarrollo burgués mediante el compromiso con la aristocracia feudal. De aquí también la fugacidad e incoherencia del romanticismo liberal en España (Espronceda, segunda etapa de Alcalá Galiano, Duque de Rivas). Mariano José de Larra, el español más lúcido de todo el siglo XIX, se dará cuenta con profundísima melancolía y amargura, de que el desarrollo social de España, la derrota de su revolución, la mezquindad de su burguesía como clase económica, y la permanencia de las viejas jerarquías impide un desarrollo cultural paralelo al europeo. Negará sarcásticamente al neoclasicismo y al romanticismo. Cuando él muere, es la España burguesa la que se suicida, repudiándolo.

Los escritores hispanoamericanos de la década de los 30 vieron muy bien —aunque no pudieran penetrar hasta el hondón social de sus causas— que el romanticismo español carecía de aquella vigencia, de

aquella coherencia, de aquella necesidad que se veía en los románticos al norte de los Pirineos. Y apenas comprendieron (ni en América ni en España) que la prolongación zorrillesca del romanticismo y su expresión ideológica en el irracionalismo religioso de Donoso Cortés medía el estancamiento de la sociedad española y la incapacidad de una burguesía maridada con el Estatuto isabelino, con los espadones de turno, con el feudalismo español. Incluso pudiera decirse que la reconocida calidad de la obra de Zorrilla nace en parte, ahí sí, de su coherencia ideológica con la España de su tiempo.

Pero dentro de ese proceso del romanticismo español, todo él conservador (schlegeliano), salvo la fugaz lumbrarada de Espronceda y muy pocos más, se da un fenómeno relativamente peculiar, el del eclecticismo, que muy mecánicamente se ha solido siempre incorporar al romanticismo liberal, confundiendo de manera lamentable el panorama ideológico total. Esa indiferenciación del eclecticismo español en la inmensa mayoría de las historias de la literatura española es especialmente grave en el análisis del supuesto romanticismo hispanoamericano, como enseguida veremos.

En la emigración política, después de su apasionada y lamentable defensa del neoclasicismo contra Böhl de Faber, y de su no menos apasionado y fugaz romanticismo, Alcalá Galiano encomia el ejemplo de "la Escuela de Inglaterra, cuyos discípulos tan hábilmente han combinado el romanticismo y el clasicismo en sus trabajos" (cit. por Llorens Castillo, *Liberales y románticos*). Ya Balzac suponía nostálgicamente —y ello es sumamente sintomático y esclarecedor— que ese eclecticismo británico se fincaba en una supuesta armonía agraria inglesa entre la gran propiedad y los campesinos (cf. Lukacs, *Balzac et le réalisme français*). Pero entre los españoles no se daba semejante penetración analítica, y pretendieron crear de la nada un eclecticismo que no pasaba de ser un "justo medio". Martínez de la Rosa decía que la verdad "estaba en el justo medio" (Llorens, *op. cit.*). No era, en verdad, una posición original: el eclecticismo nunca lo es. Balzac, en su espléndido estudio crítico de Stendhal, señalaba precisamente tres direcciones en la novela de su tiempo: 1) *Littérature des Idées,* es decir, literatura del racionalismo francés (Voltaire, Lessage, Stendhal, Merimée); 2) *Littérature des Images,* es decir, literatura romántica (Chateaubriand, Hugo, etc.); 3) *Eclecticisme littéraire,* es decir, literatura no definida claramente de un lado o de otro, en la que muy sagazmente se sitúa a sí mismo junto a Walter Scott, Fennimore Cooper, George Sand... Este eclecticismo señalado por Balzac, al que podrían muy bien unirse a Stendhal, a Merimée y al Víctor Hugo de "El 93", es en ver-

dad el núcleo del realismo decimonónico. Este realismo estaba plenamente ubicado en el mundo cultural francés: respondía cabal y objetivamente a la corriente más positiva y avanzada de la burguesía.

Entre los españoles, el eclecticismo, sin base social concreta, no fue más que una posición vacilante y desesperada; Alcalá Galiano, Martínez de la Rosa, Blanco White, Mendíbil, etc., dan prueba de ello con sus obras.

No deja de ser también muy sintomático que el eclecticismo surgiera aún con mayor vigor en la América Latina, y no después de haber *gustado del romanticismo (como reacción desengañada) sino* en los años mismos de su origen, como una protección *a priori* frente a desmelenamientos subjetivistas y con un respeto nada romántico hacia la realidad social latinoamericana.

Creo que no hace falta ya argumentar el preciso carácter ilustrado de Bolívar, Miranda, Moreno, Belgrano, Rivadavia, Hidalgo, Morazán, etc. En esa extrapolación desmedida de que he hablado al comienzo de este trabajo, se ha pretendido convertir a los líderes de la independencia en románticos apasionados. Sin embargo, las aguas vuelven a su nivel, y creo que está claro su carácter definidamente ilustrado, expresión de las esperanzas revolucionarias de una burguesía nacional apenas incipiente que intenta romper la estructura colonial y abrir el camino burgués de la América española, siguiendo el ejemplo francés y norteamericano: el ejemplo de la revolución.

Su victoria sobre la metrópoli no es, sin embargo, la apertura de esa revolución. La propiedad agraria permanece estructurada a la manera feudal-colonial, y dos docenas de espadones cierran la perspectiva revolucionaria burguesa. No hay ni la más remota oportunidad para el surgimiento de un Böhl de Faber, de una revista schlegeliana como *El español* barcelonés, en la década siguiente a la de la independencia. Si en España la burguesía derrotada apenas tenía vigor como clase económica y como posición ideológica, en América Latina la situación era aún más grave.

Por eso, en los años 30, los primeros vagidos del romanticismo en América no revisten el carácter un tanto tumultuario y repentino que tuvo en Europa. *Jicotencatl,* que pasa por ser la primera novela romántica de América (en 1826), apenas despierta la atención de nadie, y Pedro Henríquez Ureña puede afirmar categóricamente que "no tuvo continuadores ni influencia" (*Corrientes literarias...*, p. 128). Más adelante, en 1832, la aparición de *Elvira,* el conocido poema inaugural del argentino Echeverría, carece de resonancia. Sin embargo, en 1837-1838, la organización de la Asociación de Mayo y la publicación del

*Dogma socialista,* y de las famosas *Quince Palabras Simbólicas,* se convierten en grandes acontecimientos públicos. Y es que el *Dogma* y las *Palabras* no son textos románticos; como no lo es *El Matadero,* su genial relato de aquellos años. Se han estudiado detenidamente las fuentes de los documentos políticos de la Asociación de Mayo (Mazzini, el saintsimoniano Pierre Leroux y su Revista Enciclopédica, Lammenais y sus *Palabras de un creyente* traducidas por Larra, el socialismo de Considerant) y se ha puesto así de relieve su relación ideológica con "las tradiciones progresivas de la Revolución de Mayo", con la tarea inacabada del gobierno de Rivadavia (en una nueva perspectiva, por supuesto) y con la creación de una conciencia (ferrocarriles, educación, colonización, ciencia, industria) definidamente burguesa.

En Chile, las famosas polémicas del 42 manejaban el mismo repertorio de ideas, y cuando la discusión orillaba a la definición escolástica clásico-romántico, lo frecuente era, en unos y en otros, la salvedad ecléctica.

En Brasil, en 1839, Gonçalves de Magalhaes decía: "No acepto el rigor de los neoclásicos ni el descuido de los románticos... Hago a ambos las debidas concesiones" (cit. P. Henríquez Ureña, *Corrientes...,* p. 125).

Palabras parecidas pueden encontrarse por aquellos años en los escritos de Delmonte, que introdujo la literatura europea contemporánea en Cuba, y la polémica cubana sobre el "eclecticismo" entre Luz y Caballero y los hermanos González del Valle responde a la misma situación, aunque el eclecticismo de que venimos hablando nada tenga que ver con el de Cousin, nuevo ropaje del subjetivismo romántico, que la mayoría de nuestros escritores rechazan.

No nos sorprende, pues, que al hablarnos de la Avellaneda y de Ventura de la Vega, don Pedro Henríquez Ureña nos diga, con su característica prudencia: "templaron siempre el fuego romántico con la lógica clásica" (*Corrientes...,* p. 127).

Pero el eclecticismo no fue, no podía ser, la solución, puesto que la verdad no estaba en "el justo medio" de una polémica europea determinada por muy específicas condiciones sociales europeas, sino fuera de la polémica: en un nuevo realismo que no negara la razón ni la imaginación, lo universal ni lo nacional, y que, sobre todo, fuera coherente con la realidad social y cultural de los nuevos países y con la tendencia objetiva más avanzada de esa realidad. Por eso las cumbres literarias más altas y universales de todos esos años son el *Facundo* y el *Martín Fierro*; por eso las figuras más sobresalientes de la época (Bello, Sarmiento, Lastarria) y más adelante Montalvo, Altamirano, González

Prada, en las puertas ya del modernismo, se resisten cada vez más a la ubicación romántica. El romanticismo puede estar en ellos (como factor, como sumando cultural, como aquilatamiento de lecturas), pero ellos no están en el romanticismo.

Otros países en los que este problema aparece muy tardíamente, son ejemplo de cómo la cuestión romántica está en estrecha relación con la conciencia nacional de la burguesía. Dice Pedro Henríquez Ureña: "El año de 1873 significa para los dominicanos lo que significa en México el año de 1867: el momento en que llega a su término el proceso de intelección de la idea nacional" (*Obra crítica*, p. 137). Y es justamente en esos años cuando cristaliza el problema del romanticismo y cuando recibe una solución, una vez más, ecléctica o superadora de la polarización.

Claro que hay, además, un "romanticismo" hispanoamericano indiscutible: el del pastiche en la poesía, en la novela, en el teatro. No me refiero a él porque en la medida en que es pastiche, es inauténtico, incoherente, falaz: es la peor literatura de nuestro siglo XIX. Salvo en la excepción en que el pastiche, vitalizado por un descripcionismo realista de la naturaleza (que tuvo su origen en el siglo ilustrado) alcanza su cima válida e impar en *María*.

¿Puede, pues, afirmarse la inexistencia del romanticismo en Hispanoamérica? No. El romanticismo hispanoamericano cabal —expresión coherente, como en Europa, de una burguesía consciente que se enfrenta desde la derecha al desarrollo abiertamente capitalista de la sociedad— tenía que surgir en Hispanoamérica muy tarde. *Tabaré* (1888) nos brinda siempre el asombro de su hermosura tardía. Y *Enriquillo* (1882) afirma en la misma década la vigencia real del romanticismo hispanoamericano más auténtico, expresión del defasamiento social de Hispanoamérica. El modernismo es su colofón ideológico natural, aunque, por supuesto, en su origen se mezclen muy otras influencias y factores más complejos.

En resumen, pues, y resistiéndome a trasladar mecánicamente las periodizaciones literarias europeas del siglo XIX, defiendo la idea de que la incipiente burguesía hispanoamericana se expresa literariamente, a raíz de la independencia, en el marco de un extenso *eclecticismo* del que muy pronto se va desgajando el *realismo* cimero, progresista, social, de nuestras más altas figuras decimonónicas. Junto a él se desarrolla también un extenso y caótico movimiento de imitación servil a los modelos románticos europeos, cúmulo de *pastiches*, copias de excesos ajenos y de modas fugaces en los países de origen, siempre a redropelo de la realidad americana y sin lograr cristalizar una obra duradera. Y por últi-

mo, un *romanticismo* cabal, forzosamente tardío (último tercio del siglo) y mitigado ("ecléctico" al revés, mirando hacia atrás, hacia "lo clásico"), pero preciso en sus proyecciones y en su fundamento ideológico, articulado a una corriente conservadora perfectamente visible y madura, y enfrentado, claro está, al desarrollo conflictivo, pero igualmente trabado a la realidad social hispanoamericana, del *realismo,* heredero del eclecticismo progresista del segundo tercio del siglo, confundido a veces con el naturalismo o con un positivismo de muy diferente significación que el europeo, y madurado precariamente en la difícil tradición democrática latinoamericana.

FEDERICO ÁLVAREZ

*Universidad de La Habana*